

Campo de trigo con cuervas

Wheatfield with She-crows

Sandra Argüello Borbón

DOI 10.15517/es.v84i2.58871



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons
Reconocimiento-No comercial-Sin Obra Derivada

Campo de trigo con cuervas

Wheatfield with She-crows

Sandra Argüello Borbón¹
Universidad Técnica Nacional
Alajuela, Costa Rica

Recibido: 19 de febrero de 2024

Aprobado: 30 de agosto de 2024

—Dicen que se cortó la oreja y se la dio a una prostituta —*susurró Elías mirando el calendario en la pared.*

—¿Quién? —*preguntó la mujer mientras juntaba un zapato rojo del piso.*

—El hombre que pintó ese cuadro —*señaló Elías con los labios, un gesto que lo hacía parecer un niño con su calva brillante.*

—Ah. No me asuste —*rió ella*—. Ni se le ocurra traerme a mí un regalo así.

Ambos rieron mirando la imagen y esa risa sirvió de excusa para hablar de negocios.

—Creo que la próxima semana no estaré el martes. Voy a ir a visitar a mi mamá al pueblo. Si quiere, venga jueves.

—No puedo jueves —*dijo Elías algo molesto*—. Solo puedo martes, todos los martes como siempre, mujer.

Ella se pintaba los labios en silencio. Por la pequeña apertura que dejaba la cortina, entraba una luz tenue, amarillenta, de esas de veranillo al caer el sol. Elías salió a la calle caótica de las 5 de la tarde, medio cegado por la luz exterior, brillante en comparación con la suave bombilla amarilla que iluminaba el cuarto del prostíbulo. Además de la luz, le cayó un cansancio encima, más por el estrés de volver a la vida de siempre que por el ejercicio físico después del sexo.

¹ Docente universitaria en Universidad Técnica Nacional, Alajuela, Costa Rica. Doctora en Educación por la Universidad La Salle, Costa Rica. ORCID: 0000-0002-6714-3431. Correo electrónico: sarguello@utn.ac.cr

Ir directo a la casa. Pasar por un café. Ir al supermercado. Todo volvía a ser una pesadumbre. Se encontró de pronto siguiendo un nuevo camino que lo llevó a una librería en el centro de la ciudad. No es que fuera un gran lector, hacía tiempo que no ojeaba un libro, pero sintió de repente ganas de mirar cuadros, como ese de cuervos que colgaba en la pared. El ambiente en la librería lo animó un poco. Tantos colores, tantas palabras. Empezó a recorrer el lugar mientras pasaba el dedo índice por los lomos de los libros, como quien busca polvo donde no lo hay.

Encontró la pequeña sección de arte y un libro de postales con imágenes de van Gogh. Como lo esperaba, ahí estaba el cuadro. Se llamaba 'Campo de trigo con cuervos'. No es que, precisamente, le gustara la imagen, pero había algo en ella que lo inquietaba. Hasta podría decirse que era un cuadro aburrido. Sin gente, con pocos colores.

—¿Qué diablos estaría pensando ese hombre? —se cuestionó.

Ella, por su parte, nunca había puesto mucha atención a los cuadros en el calendario. Estaba ahí, ni tenía idea quién lo había llevado. Solo ojeaba las fechas de vez en cuando para calcular cuánto tiempo faltaba para algún evento. Otras veces, con un cliente penetrándola, miraba los números y sacaba cuentas.

Faltan tres días para pagar el recibo del teléfono.

Sharon cumple años un jueves.

Como en una semana, me viene la regla.

Después de que Elías salió, se quedó mirando el cuadro un rato.

—Para ponerse a pintar tonteras, hay que ser muy vago —se dijo mientras se arreglaba el cabello en una cola.

No más meter la llave en la puerta y Elías sufría una transformación. De verdad que la sufría.

—Elías, ¿es usted? —preguntó una voz quebrada de mujer.

¿Quién más iba a ser?', pensó mientras ojeaba el periódico abierto en la mesa.

—Sí, madre, soy yo.

Elías seguía siempre su rutina al entrar a casa. Ojeaba primero el periódico y tomaba un vaso de agua. Ambos los dejaba su madre ahí para él.

Titular: Cuervos más inteligentes que muchos humanos

Experimentos mostraron cómo los cuervos metieron piedras en un tubo transparente donde se encontraba un gusano en un poco de agua. Las aves entendieron que, al meter piedras en el tubo, el gusano subiría más cerca de la superficie y así lo podrían alcanzar con el pico.

Aunque Elías no era muy dado a supersticiones, le llamó la atención que dos veces en un día hubiera tenido, por decirlo de algún modo, encuentro con cuervos.

—Mijo, ya está la comida —dijo doña Asunción mientras se acercaba a la mesa con platos en la mano.

Ese ritual de la noche lo ponía algo tenso. Hasta se le quitaba un poco el hambre, pero igual se sentaba y comía. Ojeaba el periódico mientras masticaba despacio los pedazos de carne en salsa.

—Hoy la pierna me ha dolido mucho —dijo la madre.

‘Ya empieza’, pensó Elías soltando un suspiro de compasión hacia sí mismo.

Lo que seguía era un largo monólogo de su madre sobre todos los males que padecía: artritis, presión alta, depresión, cataratas...

—... ir al Seguro mañana en la mañana y con este dolor de pierna —alcanzó a escuchar Elías.

—Mamá, ya sabe que no me dejan llegar tarde a la oficina. Estamos con mucho trabajo.

—Yo sé, si no le estoy diciendo que vaya conmigo. Solo le cuento lo qué voy a hacer mañana.

Elías se quedó mirando la foto del cuervo en el periódico.

Ser hijo único se estaba convirtiendo cada vez más en una pesadilla. Su padre los había abandonado cuando él tenía apenas 17 años. Decían algunos vecinos que tenía otra familia allá por el sur. A Elías nunca le interesó saber. Tuvo entonces que dejar la juventud para entrar de golpe a la adultez: trabajar y estudiar. Por suerte, desde muy joven, había encontrado un trabajo que le permitía salir con ambos gastos.

Muchas veces había soñado con la muerte de su madre. Encontrarla dormida. Esa era la ideal. No escuchar más su voz ronca de vieja. En otras fantasías, la casa se quemaba, y él regresaba del trabajo para encontrarse a los bomberos apagando unas llamas gigantes-cas. La madre se habría quemado adentro; con su caminar lento, no podría escapar.

La única vez que se atrevió a llevar una novia a casa fue cuando tenía unos 24 años. Cometió el error de no avisarle a la madre. Asunción se había quedado viendo a la chica de arriba abajo, con mirada juzgadora y amenazante. La chica, Adela, alargó la relación unos meses más, pero no podía con la relación de Elías con su madre. Le parecía que controlaba todo sin que Elías estuviera muy consciente de ello. Adela sentía que él no amaba a su madre, pero estaba amarrado a ella con lazos invisibles.

El lunes siguiente, a Elías le empezó a entrar una angustia, un desasosiego. Él no era como la mayoría de las personas, que sufren los domingos como si se tratara de esa cita médica que siempre se pospone. Los lunes no le resultaban particularmente molestos, más bien los esperaba como escape al tedio de la rutina en casa con su madre. Los martes eran otra cosa. Algo había en ese segundo día de la semana que lo podía sumir en el más oscuro estado mental si no hacía algo al respecto. Sin embargo, como Elías no era un hombre particularmente aventurero, ya había caído en la rutina de los martes con Ella.

El cuarto pequeño, caótico, casi sucio, era todo lo que necesitaba para sobrevivir al odiado martes. Pero esta semana, Ella no iba a estar. Buscar otra rutina le sería difícil; sin embargo, lo estaba considerando como venganza contra ella por abandonarlo cuando más la necesitaba.

A las 4:45 p.m. empezó a enfocar su atención en el reloj de la computadora. Lo miraba fijamente, esperando quizá el milagro de que el tiempo se detuviera y alguna dimensión desconocida lo transportara a otro lugar.

4:46

4:47

4:48

Un frío sudoroso empezó a recorrerle el cuerpo.

4:49

4:50

Elías recordó cómo, hasta hace algunos años, había colgado en la pared de la salida del edificio un estante con las tarjetas de marcar de todos los empleados. La fila se empezaba a formar a las 4:55 p. m. Los que llegaban a esa hora no se miraban a los ojos, quizás por vergüenza de reconocerse como los que no se ponen la camiseta. Elías era de los que esperaban hasta las 5:01 p.m. para levantarse del escritorio y salir a marcar su tarjeta. No es que quisiera impresionar a los de Recursos Humanos con su diligencia, más bien evitaba contacto y esas charlas banales que se daban mientras el reloj daba las 5:00 p.m.

4:54

4:55

Pero este día no pudo más. Empezó a guardar documentos y cerrar la computadora. Cogió la mochila con los trastos del almuerzo y se fue antes de que fueran las 5:00 p.m. Pensó ir a la librería y comprarse el libro ese de van Gogh, pero estaba a final de quincena y no quería hacer gastos innecesarios. Siguió caminando por las calles de la capital sin rumbo. Pasó por un parque y se sentó en una banca. Detrás de él, podía escuchar las voces de una pareja que discutía.

—Nunca más —decía la voz femenina, una voz dulce, casi de niña.

—Te lo repito, nunca más.

La voz masculina trataba de razonar, mas se quedaba en unos “pero, pero, pero”, que sonaban en la tarde como el picoteo de algún ave de mal agüero.

Nunca más.

Nunca más.

